

INVESTIGACIÓN ANFIBIA

La investigación-acción en un mundo multimedia

investigación anfibia

La investigación-acción
en un mundo multimedia

SEGUNDA EDICIÓN

César Rodríguez Garavito

Co|lección
Dejusticia

Rodríguez Garavito César

Investigación anfibia. La investigación-acción en un mundo multimedia / César Rodríguez Garavito. Bogotá: Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad, Dejusticia, 2015.

40 p.; 11,5 x 18,5 cm (Colección Dejusticia)

ISBN 978-958-58858-9-9

1. Investigación-acción 2. Métodos de investigación 3. Activismo
4. Multimedia

Este trabajo se desarrolló gracias al apoyo de la Fundación Ford

Este documento puede ser descargado gratuitamente en:
<http://www.dejusticia.org>

ISBN 978-958-58858-9-9 Edición impresa
978-958-59037-0-8 Edición digital

Preparación editorial
Marta Rojas

Revisión de textos
María José Díaz Granados

Cubierta
Alejandro Ospina

Impresión
Ediciones Antropos

Primera edición
Bogotá, D.C., julio de 2013

Segunda edición
Bogotá, D.C., julio de 2015



Creative Commons Licence 2.5
Attribution Non-Commercial Share-Alike

Dejusticia, 2015
Carrera 24 N° 34-61, Bogotá D. C.
Teléfono: (57-1) 608 3605
www.dejusticia.org

Contenido

| | |
|--|----|
| Introducción | 6 |
| 1 El poder del viento: el potencial del molino de la investigación-acción | 10 |
| 2 Don Quijote contra el molino: los dilemas de la investigación-acción | 20 |
| 3 Investigación anfibia: la investigación-acción en un mundo multimedia | 28 |
| Referencias bibliográficas | 38 |

Introducción

Hacer investigación-acción es llevar una doble vida. Es experimentar, en cuestión de horas, el paso del mundo introvertido de las aulas de clase, al extrovertido de los medios de comunicación y las reuniones con activistas y funcionarios públicos. El contraste se siente en la piel: el calor húmedo del trabajo de campo dista mucho del aire climatizado de las oficinas universitarias, los despachos judiciales o las fundaciones filantrópicas.

El contraste es aún más marcado cuando la investigación-acción se practica en contextos altamente violentos y desiguales, como los que he frecuentado con ocasión de un proyecto de investigación-acción sobre los conflictos socioambientales que han estallado en América Latina en la última década, a medida que las economías de la región han girado hacia la explotación de recursos naturales para satisfacer la creciente demanda global de minerales, petróleo y energía. En otro lugar he llamado “campos minados” a estos sitios y a las esferas de interacción social que se producen en ellos (Rodríguez Garavito 2012). Son campos minados tanto en sentido sociológico como en sentido económico. En términos sociológicos se trata de verdaderos *campos* sociales (Bourdieu 1977), propios de las economías extractivas de enclave, caracterizados por relaciones de poder profundamente desiguales entre empresas

mineras y comunidades locales, y por la escasa presencia del Estado. Son campos *minados* por ser altamente riesgosos: en ellos dominan las sociabilidades violentas y desconfiadas, donde cualquier paso en falso puede resultar letal.

Los designo como campos minados también, porque lo son en sentido económico: en muchas ocasiones giran alrededor de la explotación de una mina de oro, platino, coltán u otro mineral valioso. En otros casos, como en varios proyectos de explotación de recursos naturales que he estudiado en Colombia, lo son también en el sentido más literal del término: los territorios en disputa están plagados de minas antipersonal, sembradas por guerrillas de izquierda y paramilitares de derecha como estrategia de guerra y de control territorial.

En este breve libro reflexiono sobre la naturaleza y los desafíos de la investigación-acción a partir de mi experiencia de practicarla en esos campos minados. Específicamente, me baso en los datos y las vivencias de tres estudios de caso sobre conflictos socioambientales en territorios indígenas que han alcanzado gran visibilidad nacional e internacional: la disputa por la construcción de la represa de Belo Monte en la Amazonia brasilera, el conflicto sobre la explotación de petróleo en territorio del pueblo sarayaku en la Amazonia ecuatoriana y la lucha alrededor de la construcción de la represa de Urrá en el norte de Colombia.

El texto está dividido en tres secciones. En la primera, caracterizo la práctica de la investigación académica con vocación de impacto público en estos contextos y subrayo las que considero sus cuatro fortalezas científicas y políticas principales. En la segunda, paso a

discutir los dilemas de la investigación-acción resaltando los cuatro retos que son la otra cara de las ventajas comentadas en la primera parte. Cierro el libro con una propuesta de solución a algunos de estos dilemas mediante estrategias que componen una aproximación que llamo “investigación anfibia”, que sea capaz de respirar en los dos mundos de la academia y la esfera pública, de sintetizar en una sola las dos vidas del investigador sin que este se ahogue en el intento. Al defender la idea de la investigación anfibia, resalto la necesidad de multiplicar los tipos de textos y los formatos de difusión del trabajo investigativo para aprovechar las oportunidades de un mundo que es cada vez más multimediático, como lo es por definición la investigación-acción.

**El poder del viento:
el potencial del molino
de la investigación-acción**

Uno de los mejores retratos de la práctica de la investigación-acción es el hermoso artículo de Michael Burawoy (2010) sobre Edward Webster, el conocido sociólogo laboral surafricano que fundó el Society, Work and Occupations Institute (SWOI) de la University of the Witwatersrand, en Johannesburgo. Burawoy describe el trabajo diario de Webster con la metáfora del molino: como este, el investigador-actor, está en constante movimiento, propulsado por las varias aspas que componen su actividad profesional: la investigación y la docencia académicas, la participación en la esfera pública (los medios, los movimientos sociales, etc.), la incidencia en políticas públicas y la construcción de instituciones que encarnen y promuevan la investigación-acción (por ejemplo, centros de investigación y ONG). Gracias a la rotación y la interacción de las cuatro aspas, la imaginación sociológica se convierte en imaginación política, de la misma forma como los giros incessantes de un molino tornan el aire en energía.

A miles de kilómetros de distancia, en el corazón de la Amazonia, el molino surafricano resonaba durante mi trabajo en los campos minados. Yo había llegado hasta allí propulsado por la fuerza de las diversas aspas que me llevaron de la investigación académica y el debate público sobre los derechos indígenas en Colombia,

al trabajo de abogacía en derechos humanos en Washington, y de allí a nuevas rondas de investigación y activismo en Brasil y Ecuador, todo ello como parte del trabajo de consolidación de dos instituciones en cuya fundación participé: el Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (DEJUSTICIA) y el Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la Universidad de los Andes.

Comencé el proyecto con un estudio sobre la represa de Urrá, ubicada en el norte de Colombia, en el mismo lugar donde tuvo su sede principal el sangriento movimiento paramilitar que, en oscuras alianzas con las fuerzas armadas y la clase política, se ha disputado el control del territorio y el negocio del narcotráfico con las igualmente violentas guerrillas de izquierda, en especial las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) (mapa 1). En el medio del fuego cruzado

MAPA I



quedó el pueblo embera-katío, que ha perdido al menos 21 líderes asesinados por uno y otro bando y, tras veinte años de desplazamiento forzado y pérdidas humanas y ambientales por los efectos catastróficos de la represa, hoy corre el riesgo de extinción física y cultural.

Aunque llegué a Urrá con la intención de documentar lo que había pasado durante esos veinte años —y, en ese sentido, traía puesto mi sombrero de sociólogo profesional—, desde un principio el proyecto de investigación tuvo un componente de acción. De hecho, me enteré del caso de Urrá cuando trabajaba con la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) en tareas de activismo para la defensa de los derechos de los pueblos indígenas. Con mi otro sombrero profesional (me gradué de abogado antes de estudiar sociología), había estado asesorando a la ONIC sobre estrategias jurídicas para defender los territorios y los pueblos. Por eso, desde el primer viaje que hice a Urrá estuve acompañado por investigadores de Dejusticia y por estudiantes del programa de derechos humanos que coordino en la Universidad de los Andes, con el fin de explorar con la comunidad embera-katío alternativas de defensa de sus derechos.

Aún recuerdo vívidamente la llegada a Urrá. Ante la vista inusual de un grupo de investigadores y estudiantes en una de las zonas más violentas de uno de los países más violentos, los militares que custodiaban celosamente la entrada nos saludaban con interrogatorios desconfiados —“¿quiénes son?” “¿a qué vienen?”— Una vez superados los retenes, las razones de la desconfianza quedaban patentes. Mientras nos adentrábamos en el río que alimenta la represa, veíamos pasar las lanchas rápidas de la Armada Nacional que perseguían,

como en un juego del gato y el ratón, a las embarcaciones ilegales que transportaban cocaína fabricada en laboratorios en las laderas del río.

Dejándome llevar por la secuencia impredecible de la investigación-acción, llegué al segundo lugar del proyecto: la represa de Belo Monte, en la Amazonia brasilera. El estudio sobre Urrá me llevó a involucrarme en la defensa jurídica de pueblos indígenas que, como los embera-katío, no habían sido consultados antes de la construcción de proyectos de desarrollo en sus territorios, a pesar de que prácticamente todos los países latinoamericanos han ratificado el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que establece la obligación de hacer consultas previas. Al participar como abogado en una audiencia sobre este tema ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en 2010, me enteré de que acababa de llegar a la Comisión una queja sobre un caso similar presentada por pueblos indígenas y organizaciones ambientalistas que acusaban al Gobierno brasilero de no haber consultado a los indígenas amazónicos antes de autorizar la construcción de Belo Monte, que sería la tercera represa más grande del mundo. El caso se convirtió de inmediato en noticia internacional, dado que el Gobierno brasilero había declarado de interés nacional la represa como parte de sus planes de convertirse en potencia económica, y que personajes de la farándula internacional habían viajado a la región para expresar su solidaridad con los indígenas. Cuando el Gobierno brasilero se negó a obedecer la orden de la Comisión Interamericana de suspender la construcción de la obra mientras examinaba la queja, varias organizaciones y académicos de derechos humanos viajamos a la zona

de la represa para documentar la situación y expresar nuestra condena por esta decisión.

Habiéndome involucrado en el caso de Urrá como investigador académico y en Belo Monte como abogado, mi intuición de sociólogo comparatista me llevó a buscar un tercer caso de movilización jurídica y política que, a diferencia de aquellos, hubiera terminado en una decisión judicial favorable a los pueblos indígenas. La oportunidad de completar la muestra para el estudio se dio a mediados de 2012, cuando la Corte Interamericana de Derechos Humanos celebró una audiencia en el territorio del pueblo sarayaku en la Amazonia ecuatoriana, que auguraba un fallo a favor de los indígenas. Cuando viajé a Quito y al territorio sarayaku para hacer trabajo de campo, los abogados y la comunidad estaban expectantes sobre el fallo de la Corte, que fue publicado un día después del final de mi visita. En una decisión histórica, la Corte condenó al Estado ecuatoriano a indemnizar al pueblo indígena por haber autorizado la exploración de petróleo sin consultarle previamente, y le ordenó hacer la consulta (CIDH 2012).

Con este estudio de caso mi recorrido había descrito el círculo completo del molino: de la investigación académica a la intervención en las cortes y los medios como abogado de derechos humanos, pasando por la participación en debates sobre los derechos indígenas en los tres países y terminando de nuevo en la investigación académica. Como suele suceder, años después no son claros para mí la identidad ni el rol preciso que tengo en el proyecto; son todos ellos a la vez, y ninguno en particular. Tampoco sé cuándo dejaré los casos porque, a diferencia de los académicos de tiempo completo, no puedo simplemente abandonar el proyecto

cuando publique el libro que lo sintetizará. Como mi compromiso es con la causa subyacente de derechos humanos y con las personas y las comunidades que han confiado en nuestro trabajo, no puedo sencillamente pasar la página.

En otro lugar, doy cuenta detallada del marco teórico y jurídico del estudio (Rodríguez Garavito 2012). Para los efectos de este texto, me limito a señalar las cuatro ventajas de la investigación-acción ejemplificadas por el tipo de proceso que he descrito. Primero, el rápido cambio de roles y de identidad permiten ver una misma realidad social desde distintos ángulos (el del científico, el activista, el juez y el funcionario público). El resultado, creo yo, es una mayor *densidad y precisión empírica* que la que es posible en otros tipos de investigación. Por ejemplo, a lo largo de los varios años del proyecto, he tenido la oportunidad de interactuar con un amplio espectro de actores que defienden posiciones muy distintas sobre el desarrollo económico, los derechos indígenas y el medioambiente. En docenas de reuniones, debates públicos y visitas de campo, las visiones de líderes indígenas, activistas de derechos humanos, funcionarios públicos, jueces, periodistas, representantes de las empresas, académicos y funcionarios de la ONU y el sistema interamericano me han ayudado a entender tanto la complejidad como los patrones claros que atraviesan la tumultuosa realidad diaria de los conflictos socioambientales en América Latina y otras regiones.

Segundo, el diseño, las preguntas y los resultados de la investigación son informados directamente por interacciones con los actores de la realidad estudiada y planeados con varias audiencias en mente. El resultado

es una mayor *relevancia* de la investigación para múltiples audiencias, que puede traducirse en influencia en los resultados de las causas que se estudian.

Siguiendo el hilo de los acontecimientos en los tres casos, y manteniendo el compromiso con las causas de largo plazo de las comunidades y organizaciones involucradas en ellos, hemos podido aportar información y análisis útiles en coyunturas importantes. Cuando el presidente de Ecuador se volvió contra las organizaciones indígenas y ambientalistas cancelando sus licencias de operación y persiguiendo penalmente a sus líderes bajo acusaciones de “terrorismo” por organizar protestas callejeras, usamos la información que habíamos recogido en Ecuador y trabajos previos sobre Gobiernos autoritarios de otros países de la región para contribuir a un informe que documentó la violación frecuente de los derechos a la protesta y a la libertad de expresión en ese país (DPLF, DEJUSTICIA e IDL 2014). El hecho de que el informe haya sido ampliamente difundido y discutido en Ecuador —entre otros por el presidente Rafael Correa, quien se vino lanza en ristre contra él en su programa de televisión y en las redes sociales—, es una señal de relevancia de este tipo de trabajo. También en Brasil, en Colombia y otros países de la región, nuestro equipo de investigación-acción de Dejusticia se convirtió en un punto de referencia en los debates sobre los derechos indígenas, y en colaborador frecuente en programas de formación sobre el tema para comunidades de base, jueces, funcionarios de derechos humanos y otras audiencias.

Tercero, al dejarse llevar por el ritmo de los acontecimientos, el investigador-actor tiende a tener *acceso inmediato y continuado* a los lugares y los actores de sus

estudios, que lo ven como un actor más y no como un intruso interesado en extraer información. La intervención mediante formatos ágiles (como columnas de opinión y otras apariciones en medios) le da también una inmediatez a los productos de la investigación que no tiene la producción académica tradicional, que tarda varios años en ver la luz. A diferencia del investigador convencional —para quien la práctica social es un laboratorio al que entra con guantes y disecciona con el frío bisturí analítico de la ciencia profesional, y del que se retira intocado para nunca volver—, los investigadores-actores tienden a continuar en diálogo con las personas y las colectividades para las cuales esas prácticas no son un laboratorio, sino su vida. Esto crea un pegante interpersonal esencial —la confianza— que le da acceso continuo al investigador y, lo que es más importante, lleva a los actores sociales a pedirle que se involucre, como lo han hecho líderes sociales, funcionarios y jueces progresistas con los que hemos trabajado.

Cuarto, la investigación-acción tiene una fortaleza, de tipo emocional, que ha sido poco analizada en la literatura al respecto. Por ser hecha en contacto directo con los acontecimientos y con una multitud de personas —y por estar inspirada explícitamente en convicciones morales (la defensa de una causa de justicia social, la construcción de una institución que las represente)—, la investigación-acción es una fuente constante de *motivación*. La adrenalina que corre por las venas al estar entre las aspas del molino, es un estímulo poderoso para continuar trabajando, que tiende a faltar en la labor solitaria del investigador profesional, de quien se espera deje sus compromisos morales para su vida fuera de la academia. Como dice Burawoy (2010:

5) al hablar del molino investigativo, “cuando los vientos soplan con fuerza, es imposible acercarse al molino sin dejarse llevar por su vórtice”. Es una experiencia apasionante.

Lo es aún más porque siempre se trata de una vivencia colaborativa; solo el trabajo colectivo de equipos de investigadores-actores altamente motivados puede cumplir sus muchos compromisos y actividades. El proyecto sobre conflictos socioambientales y derechos indígenas que he venido comentando involucró cerca de veinte profesionales a lo largo de los años, incluyendo investigadores jóvenes excepcionales, abogados de derechos humanos, equipos de producción de video, diseñadores gráficos y expertos en Internet, sin los cuales el proyecto y sus varios productos habrían sido imposibles. En línea con el espíritu del esfuerzo, varios de los textos resultantes han sido escritos en coautoría con jóvenes académicos-activistas que se han formado en investigación-acción dentro del proyecto (Rodríguez Garavito y Baquero, próxima publicación; Rodríguez Garavito y Orduz, 2012). En las varias ocasiones en las que el cansancio o el fracaso de nuestro trabajo me han generado dudas y desilusión, su profundo compromiso, su talento y su entusiasmo han sido más que suficientes para seguir adelante.

A mi manera de ver, estas son las fortalezas del proceso de hacer investigación-acción y de los resultados que genera. Pero cada una de ellas tiene su lado oscuro, que acarrea dilemas profundos para quien la practica.

**Don Quijote contra
el molino: los dilemas
de la investigación-acción**

En un famoso pasaje del *Quijote*, el protagonista de la novela, acompañado de su fiel escudero Sancho Panza, se va lanza en ristre contra molinos de viento que toma por peligrosos gigantes. Como en la historia del célebre caballero de Miguel de Cervantes, hay mucho de quijotesco en la investigación-acción. Se trata de una empresa muy ambiciosa, incluso peligrosa, en contextos como los campos minados. Como en la novela, hay un alto riesgo de que algo salga mal en la historia del molino investigativo.

Los principales riesgos pueden ser vistos como el reverso de las cuatro cualidades mencionadas. En primer lugar, el cambio de roles y actividades que arroja una versión más rica y completa de los hechos tiene como costo inevitable la *dispersión*. El investigador-actor salta de una tarea a otra, de una reunión a la siguiente, de un lugar a otro muy distinto. Recuerdo, por ejemplo, estar escribiendo mis columnas de opinión para un periódico colombiano (*El Espectador*) en medio del trabajo de campo en la selva brasilera o ecuatoriana, para luego buscar angustiosamente un café Internet en algún pueblo en la ruta de regreso para enviarla antes del plazo semanal. El riesgo es que la dispersión se vuelva permanente, y se haga imposible la concentración indispensable para convertir la riqueza empírica en

productos académicos de calidad. Dicho de otro modo: que la rapidez e inmediatez de las intervenciones públicas terminen reemplazando el trabajo más lento y paciente del investigador. El resultado puede ser, entonces, el diletantismo académico.

En segundo lugar, con la relevancia y la influencia viene el riesgo de *pérdida de independencia*. Al interactuar de cerca con múltiples audiencias, el investigador-actor puede terminar capturado por alguna de ellas — por ejemplo, una agencia estatal o una empresa que lo contrata como consultor, o un movimiento social que le exige lealtad incondicional—. He vivido en carne propia este dilema. Una entidad estatal que me pidió un concepto sobre un proyecto de ley de consulta previa en Colombia, se incomodó con la posición garantista de los derechos indígenas que adopté en el informe de consultoría que entregué; rechacé ofertas de empresas mineras para trabajar como “consultor de relaciones con pueblos indígenas”, y varias veces debí explicar al movimiento indígena por qué no firmaba sus comunicados políticos a pesar de estar de acuerdo con ellos. La razón era la misma en todos los casos: la necesidad de mantener mi rol profesional de investigador. O, como lo ha dicho Boaventura de Sousa Santos (2009), la necesidad de ser objetivo a pesar de no ser neutral.

En países y lugares violentos, la relevancia tiene un alto costo adicional: el investigador-actor se juega no solo su independencia, sino su integridad física y su vida misma. Precisamente por ser relevante resulta incómodo para poderosos actores violentos, desde las fuerzas armadas estatales hasta las guerrillas de izquierda, los escuadrones paramilitares de derecha, las mafias locales o los ejércitos privados al servicio de

empresas. Desde la publicación de nuestro libro sobre Urrá, líderes indígenas de la zona me han aconsejado no regresar para no correr riesgos de seguridad. Tras la publicación de nuestro informe sobre la persecución penal del Gobierno ecuatoriano contra líderes de movimientos sociales y de la oposición política, nos ha quedado claro que hay que pensarlo dos veces antes de volver a viajar a Ecuador.

De hecho, la conexión entre relevancia y peligro personal es tan cercana, que creo que es característica de la investigación-acción en países con una herencia de violencia política reciente (como Colombia o Suráfrica), o en lugares volátiles como los campos minados. Para ponerlo en términos más claros: quienes practicamos la investigación-acción en estos contextos lo podemos hacer solo porque otros investigadores-actores que nos precedieron entregaron su vida, su tranquilidad o su integridad personal a la causa.

Esta fue la conmovedora revelación de una conversación que tuvimos en Johannesburgo con la nueva generación de investigadores de *swop*, el centro fundado por Eddie Webster, nuestro “molino sociológico”, quien estaba presente. Fueron los más jóvenes los que recordaron que varios colegas de Webster fueron asesinados por fuerzas estatales por su trabajo académico y político contra el *apartheid*. Y que sin ese compromiso extremo y la persistencia de Webster y sus colegas sobrevivientes, *swop* habría desaparecido a manos de ese régimen.

Lo mismo se puede decir de la investigación-acción —y, de hecho, de las ciencias sociales en general— en América Latina. En efecto, algunos de los centros pioneros de las ciencias sociales de la región (como CEBRAP

en Brasil, cofundado por Fernando Henrique Cardoso) fueron refugios para los académicos perseguidos por sus estudios y militancia crítica de las dictaduras de los años sesenta y setenta. Por eso, desde un inicio, el movimiento de derechos humanos y la investigación-acción estuvieron íntimamente vinculados, y algunas fundaciones (como la Ford) que solían apoyar solo programas académicos en la región, inauguraron programas de financiación a las entonces nacientes ONG de derechos humanos cuando advirtieron que los académicos que venían patrocinando estaban siendo asesinados, amenazados o exiliados (Keck y Sikkink 1998).

En los países más violentos, como Colombia, muchos investigadores han pagado con su vida, su libertad o el exilio por haber levantado la voz contra el Estado o los grupos armados de diversa naturaleza. De hecho, el fundador de una de las vertientes más influyentes de la investigación-acción —el sociólogo Orlando Fals Borda, pionero de la investigación-acción participativa—, fue detenido arbitrariamente en 1979 por el Gobierno de Julio César Turbay, con base en cargos infundados de pertenecer al grupo guerrillero M-19. Además, el que fuera en los años noventa el centro académico más influyente en el estudio de la violencia (el IEPRI de la Universidad Nacional), fue perseguido de forma tan cruenta y sistemática que buena parte de sus investigadores terminaron en el exilio. Unos fueron blanco de las FARC (como Eduardo Pizarro), en tanto que otros lo fueron de los grupos paramilitares (como Álvaro Camacho e Iván Orozco), y recibieron becas de investigación en la Universidad de Notre Dame y otros lugares para escapar de la violencia por unos años. Con el humor cáustico con el que los colombianos se las han

ingeniado para sobrellevar la barbarie, algunos llamaron a estos patrocinios “Becas Carlos Castaño”, en alusión al nombre del brutal comandante de los ejércitos paramilitares que obligaron a exiliarse a muchos intelectuales públicos a finales de los años noventa. Otros no alcanzaron a huir a tiempo: en 2004, Alfredo Correa de Andreis, un destacado sociólogo de la costa caribe, fue asesinado en un complot que involucró a paramilitares y al organismo de inteligencia del Estado. Aunque quienes hacemos investigación-acción en la Colombia de hoy enfrentamos riesgos personales que hay que anticipar y manejar con prudencia —por ejemplo, coordinando cuidadosamente el trabajo de campo con comunidades locales—, por fortuna no corremos el prohibitivo nivel de riesgo de nuestros antecesores. A ellos les debemos el espacio creado en las universidades, la sociedad civil, el Estado y los medios de comunicación para el tipo de labor que hacemos.

En tercer lugar, el costo del acceso inmediato a los actores y los hechos es la *dificultad para tomar la distancia analítica* esencial para el trabajo académico. Precisamente, por no ser un intruso en un “laboratorio” social del que quiera extraer información, el investigador-actor termina inserto en la maraña de los acontecimientos sin que pueda retirarse de ellos para pensar y escribir. El problema del molino es que nunca deja de girar. Y el vértigo del perpetuo movimiento puede impedir la tranquilidad y la distancia para teorizar y desentrañar los patrones que conectan los hechos. Este dilema fue patente a lo largo del proyecto sobre los campos minados, pues las exigencias y las vueltas incesantes e impredecibles de las actividades públicas dificultaron una y otra vez sentarme a escribir el libro que había

planeado, lo que ayuda a explicar que su publicación se hubiera retrasado tres años.

Finalmente, la otra cara de la adrenalina emocional es el *agotamiento*. Motivados por sus convicciones morales y su compromiso personal con sus audiencias y sus instituciones, los investigadores-actores terminan en el vórtice del que habla Burawoy. Antes de conocer la historia del molino sociológico había descrito con la misma palabra —vórtice— mi sensación de hacer investigación-acción, de interactuar con tanta gente distinta en tantos lugares diversos a una velocidad tan vertiginosa. La experiencia es tan estimulante como agotadora. Pasar de los campos minados a las aulas de clase y luego a las salas de audiencias de la Comisión de Derechos Humanos en Washington es fascinante. Pero implica un ritmo de trabajo que puede ser desaconsejable e incluso insostenible.

**Investigación anfibia:
la investigación-acción
en un mundo multimedia**

¿Cómo sortear semejantes dificultades? No creo que haya salidas sencillas. Al fin y al cabo, se trata de dilemas existenciales, de esos que van aparejados con el oficio mismo. Quien disfruta las ventajas de la investigación-acción, acepta también sus costos.

Pero no quiero cerrar el texto en este tono trágico, en parte porque un rasgo característico de la investigación-acción es su optimismo. O mejor, para parafrasear a Gramsci, su combinación de compromisos científicos y morales significa que mezcla el optimismo de la voluntad con el pesimismo de la razón. De modo que la forma apta de concluir esta reflexión es señalando, al menos brevemente, estrategias que podrían mitigar los dilemas y potenciar las fortalezas de la investigación-acción.

Mi argumento es el siguiente: para sortear los vientos del molino es preciso volverse anfibio. De la misma forma como los animales o los vehículos anfibios hacen tránsito del aire al agua o a la tierra, el investigador-actor debe poder transitar entre varios medios sin sucumbir en el intento. En los contextos violentos —además de sortear el aire, el agua y la tierra—, el investigador-actor debe poder enfrentar el fuego.

Este tipo de práctica es la que llamo investigación anfibia. Etimológicamente, “anfibio” significa “el que

vive una doble vida". Como vimos, esa es justamente la situación definitoria del investigador-actor.

Dos estrategias me parecen especialmente promisorias para desplegar la investigación anfibia, una relacionada con los textos que esta produce, y otra con formatos de difusión adicionales. Creo que una de las principales razones por las cuales los investigadores-actores nos dispersamos y agotamos es que los formatos válidos para el mundo académico (los artículos en revistas indexadas y los libros en editoriales universitarias) tienen un lenguaje y unos códigos de comunicación muy distintos a los que esperan nuestras otras audiencias (como los lectores de prensa, los líderes de base, las comunidades marginadas, los televidentes o el público anónimo de las redes sociales). La distancia entre uno y otro formato es tan grande que, para ser relevante en diferentes mundos, hay que llevar dos (o más) vidas paralelas.

Ante esto, una solución es cultivar géneros intermedios de escritura y diversificar los formatos en los que se vierten los resultados de la investigación-acción. Lo primero implica producir textos que, sin perder el rigor académico, sean legibles para una audiencia más amplia. Lo segundo significa que la investigación-acción sea multimedia. Así como un animal anfibio pasa de un medio natural a otro, el investigador anfibio traduce los productos de su trabajo a diferentes medios de difusión, desde los libros y los artículos hasta los videos, los *podcasts*, los *blogs* y las clases virtuales. En los dos casos, el objetivo es sintetizar los esfuerzos en productos que puedan circular en audiencias académicas y en la esfera pública por igual.

Precisamente, para promover este nuevo género de escritura en el campo de los derechos humanos, en el año 2013 fundamos desde Dejusticia el Taller de Investigación-Acción para Jóvenes Defensores de Derechos Humanos del Sur Global. El taller reúne anualmente cerca de veinte investigadores-actores de Latinoamérica, África, el Medio Oriente, el Sureste Asiático y Asia del Sur, que pasan por un entrenamiento intensivo en escritura creativa, investigación social y comunicaciones. Durante diez días, activistas, investigadores y periodistas prominentes de diferentes partes del mundo dirigen sesiones prácticas interactivas diseñadas para guiar a los participantes en el uso de dichas habilidades y herramientas, con el fin de aumentar la calidad y el impacto de su trabajo en causas de derechos humanos. El taller los alienta a ser reflexivos acerca de su práctica profesional y a incorporar herramientas narrativas en su escritura. El objetivo es llevarlos a contar las historias de las luchas que emprenden en colaboración con las víctimas de violaciones de derechos humanos, de modo que se fomente la creatividad y la reflexividad en el mundo de los derechos humanos. En lugar (o además) de que los académicos profesionales (usualmente del Norte global) documenten y cuenten estas historias, el taller busca amplificar la voz de quienes trabajan en el terreno.

Para ello, pasamos jornadas intensas de trabajo de campo, interactuando con comunidades de base y participando en las sesiones del taller en una región de Colombia representativa del problema de derechos humanos que haya sido seleccionado para el año de que se trate. Tras cada taller, durante diez meses, los instructores se convierten en mentores que acompañan a los participantes a distancia durante la escritura de los

capítulos que estos habían propuesto en sus postulaciones al taller. Después de varias rondas de correcciones y revisiones, los artículos de los participantes, junto con los comentarios de los instructores, son publicados en libros colectivos (ver, por ejemplo, Rodríguez Garavito 2015). La idea es que, a medida que crezca el número de graduados del programa y de libros colectivos, emerja una comunidad internacional de investigadores-actores capaz de comunicarse más eficazmente con audiencias más amplias y tener más impacto en la protección de los derechos humanos. También esperamos que los egresados del taller se apoyen mutuamente y forjen lazos duraderos de solidaridad y colaboración con diferentes regiones del Sur Global, así como con investigadores-actores del Norte.

Al realizar este tipo de labor, los graduados del taller de Dejusticia y otros practicantes de la investigación-acción cuentan con un espectro de oportunidades fascinantes. Por ejemplo, si quisieran intentar un estilo de escritura híbrido entre el académico y el periodístico, pueden apoyarse en la literatura creciente de periodistas y autores de no ficción que escriben con la fluidez de su oficio pero hacen un intento por incorporar las teorías o los hallazgos empíricos de las ciencias sociales. Con esa aproximación han tratado temas tan diversos como las dictaduras en África (Kapuściński 2000), la “guerra contra las drogas” y el secuestro en Colombia (García Márquez 1993), la violencia étnica en India (Mehta, 2005), la precarización del trabajo en Estados Unidos (Ehrenreich, 2008), o la violencia y la exclusión en los barrios marginales argentinos (Alarcón, 2012).

A la misma zona intermedia apuntan académicos que toman prestadas herramientas narrativas del

periodismo y la literatura. El resultado son etnografías, crónicas y ensayos escritos para audiencias amplias sobre temas como los conflictos ambientales en Argentina (Auyero y Swistun 2008) o el desplazamiento forzado en Colombia (Molano 2005). Sin embargo, la literatura híbrida producida desde la orilla académica sigue siendo relativamente escasa y tímida, en comparación con la producida fuera de las universidades. En ese sentido, el desafío que lanzara Fals Borda (1995) sigue pendiente: “en lugar de imponer tu pesado estilo científico para comunicar los resultados, difunde y comparte lo que has aprendido junto con la gente, de manera que sea totalmente comprensible e incluso literario y agradable, porque la ciencia no debería ser un misterio ni un monopolio de expertos e intelectuales”.

Creo que este acercamiento es fundamental para la investigación-acción porque puede mitigar en algo la dispersión y el agotamiento del investigador, y porque hay una profunda afinidad entre este y el periodista que produce análisis sociales a profundidad. Uno y otro utilizan una combinación de trabajo empírico minucioso, reflexión creativa, y empatía y solidaridad con los sujetos con quienes dialogan. Me viene a la mente el periodismo de inmersión teorizado por el legendario cronista Ryszard Kapuściński en un libro cuyo título, *Los cínicos no sirven para este oficio*, delata la mencionada afinidad. Como la investigación-acción, las crónicas de Kapuściński sobre África han sido descritas como un esfuerzo por retratar y pensar la sociedad “desde dentro y desde abajo” (Kapuściński 2002: 31), a partir de toda una vida de dialogar y convivir con los sujetos de sus escritos. A la pregunta sobre la relación entre teoría y vivencia en el trabajo intelectual, el cronista polaco

sostuvo que “en la comunidad de escritores, se puede hacer una división muy simple entre los que encuentran su inspiración en sí mismos y los que deben ser inspirados por motivos externos. Existen caracteres reflexivos y caracteres que reflejan el mundo” (p. 120). Al hablar de su propia obra dice algo que podrían suscribir muchos investigadores-actores: “en mi caso [...], yo reflejo el mundo: tengo que ir al lugar de los hechos para poder escribir. Quedándome en un único sitio, me muero” (2002). Como los anfibios, añadiría yo.

En esta dirección, he intentado avanzar en mi trabajo sobre los campos minados. Después de producir un artículo académico que formulaba el marco teórico del proyecto y lo ilustraba con el estudio de caso de la represa de Urrá en Colombia (Rodríguez Garavito 2012), concluí que la riqueza empírica de esta historia no podía contarse con las ataduras de la escritura académica convencional. Los veinte años del caso condensan los procesos medulares de la violencia y la disputa por la tierra y los recursos naturales en la Colombia contemporánea: el ascenso del paramilitarismo y su penetración en la política, el involucramiento de las FARC en el narcotráfico y en la lucha por controlar los lugares de cultivo y transporte, el desplazamiento forzado y la usurpación de la tierra, la complicidad de amplios sectores del empresariado rural con el despojo y la violencia, la carrera por los recursos naturales en un país que gira hacia una economía minero-energética, y el impacto trágico de todo lo anterior sobre los pueblos indígenas, cuyos territorios, cultura y vida misma están en peligro por encontrarse en medio del fuego cruzado. Por ello, escribimos un libro en coautoría que tejiera los hilos de la historia que no había sido contada de

forma sistemática (Rodríguez Garavito y Orduz 2012). De modo que, aunque hicimos la investigación con las herramientas de las ciencias sociales, la escribimos con el lenguaje del periodismo literario con la esperanza de llegar a un público más amplio, incluyendo los pueblos indígenas que hoy sufren casos similares en Colombia y otros países. La experiencia fue tan desafiante como gratificante, y me llevó a escribir crónicas periodísticas para la prensa colombiana sobre los otros dos casos del estudio, antes de terminar el libro más académico que compara y teoriza sobre los tres, escrito en coautoría con un investigador-actor formado en el proyecto (Rodríguez Garavito y Baquero, próxima publicación).

Pero todo esto se refiere al formato escrito, que es apenas uno de los canales de expresión posibles de la investigación anfibia. Creo que una estrategia igualmente útil para enfrentar algunos de los dilemas de la investigación-acción es aprovechar sus fortalezas a fin de generar productos en formatos diversos. El predominio de los textos en la vida académica hace que el investigador-actor excluya de sus publicaciones buena parte de su trabajo. Entre lo que se queda por fuera están muchas de las vivencias y la información más interesante para distintas audiencias, que resultan de la participación en reuniones, eventos, trabajo de campo o diligencias judiciales, pero que quedan confinadas en libros académicos o artículos periodísticos a los que muchas de esas audiencias no tienen acceso, desde las comunidades de base y los movimientos sociales hasta profesores y estudiantes de colegios y universidades en lugares marginados.

Las oportunidades para llenar este vacío son múltiples. Por ejemplo, el hecho de que los usuarios de

Internet dediquen a ver videos más del 80% del tiempo que pasan frente a sus computadores crea una oportunidad valiosa para la investigación anfibia. Dado que los investigadores-actores tienen acceso a situaciones y personas que resultan interesantes para audiencias amplias, basta con que incorporen en su caja de herramientas una cámara de video junto con la vieja grabadora y el cuaderno de notas. De esta forma, es posible generar imágenes valiosas que pueden ser usadas en clases o en talleres de capacitación de comunidades marginadas, o como evidencia en procesos judiciales, o como acompañantes de los textos que resulten de la investigación. Lo mismo se podría hacer con fotos, *podcasts* y documentos que recojan en las múltiples actividades de su trabajo, y que pueden ser difundidos fácilmente mediante *blogs*, sitios web y redes sociales. Es por esto que el Taller de Investigación-Acción de Dejusticia también forma a sus participantes en la escritura de blogs y la realización de videos cortos. Por esto, también, creamos un blog —llamado *Relatos anfibios*,¹ para recoger la idea de la investigación anfibia explicada en este capítulo— que publica entradas periódicas, videos y materiales multimedia producidos por los graduados y los instructores del taller.

También hemos experimentado con estos formatos en el proyecto sobre campos minados, con la ayuda de un equipo profesional de filmación que nos ha acompañado a los sitios de trabajo de campo. Las entrevistas y las tomas hechas en esos momentos se han convertido en documentales que difundimos gratuitamente por

1 El blog, publicado en español e inglés, se encuentra en la dirección: <http://www.amphibiousaccounts.org>

Internet, junto con los textos académicos y periodísticos del proyecto.² También hemos escrito documentos de política y cartillas pedagógicas sobre el derecho a la consulta previa. Asimismo, creamos un portal de Internet en español, inglés y portugués sobre el derecho a la consulta previa, que es utilizado por pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes para exigir dicho derecho, así como por estudiantes, activistas e investigadores de diferentes regiones.³ De esta forma, esperamos que diferentes audiencias encuentren útiles distintos formatos. Mientras que los profesores y estudiantes de escuelas indígenas tienden a usar los videos, el portal de Internet y las cartillas, los estudiantes universitarios prefieren los videos, los funcionarios públicos optan por los documentos de política, los académicos prefieren los textos analíticos y el público de élite las crónicas de los periódicos.

Por supuesto, todo esto suena más fácil de lo que es en realidad. Falta mucho para que los géneros híbridos de escritura y los formatos multimedia sean reconocidos formalmente como producción de conocimiento válido en las comunidades académicas. Pasar de un medio a otro crea nuevos riesgos de dispersión, agotamiento, dependencia y diletantismo. En mi caso, estoy en plena etapa de experimentación, con soluciones incompletas. Pero ahí está justamente el reto de la investigación anfibia.

2 Ver, por ejemplo, el video documental sobre el caso sarayaku en <http://www.consultaprevia.org#!/regional/1>

3 El portal se encuentra en la siguiente dirección: <http://www.consultaprevia.org/>

Referencias bibliográficas

- Alarcón, Cristian. 2012. *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*. Buenos Aires: Aguilar.
- Auyero, Javier y Débora Swistun. 2008. *Inflamable: estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, Pierre. 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Burawoy, Michael. 2010. "Southern Windmill: The Life and Work of Edward Webster". *Transformation* 72/73 (1): 1-25.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). 2012. *Pueblo indígena kichwa de Sarayaku vs. Ecuador. Sentencia de 27 de junio de 2012 (fondo y reparaciones)*. Disponible en: http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_245_esp.pdf
- DPLF, Dejusticia e IDL. 2014. *Independencia judicial en la reforma a la justicia ecuatoriana*. Washington: DPLF.
- Ehrenreich, Barbara. 2008. *Nickel and Dimed: On (Not) Getting By in America*. New York: Holt Paperbacks.
- Fals Borda, Orlando. 1995. "Investigación para la justicia social: algunas convergencias Norte-Sur". Conferencia central del encuentro de la Asociación Sociológica del Sur de Estados Unidos. Atlanta, 5 de abril. Disponible en: <http://comm-org.wisc.edu/si/falsborda.htm>
- García Márquez, Gabriel. 1993. *Noticias de un secuestro*. Bogotá: Norma.

- Kapuściński, Ryszard. 2000. *Ébano*. Barcelona: Anagrama.
- Kapuściński, Ryszard. 2002. *Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo*. Madrid: Anagrama.
- Keck, Margaret y Kathryn Sikkink. 1998. *Activists Beyond Borders*. Ithaca: Cornell University Press.
- Mehta, Suketu. 2005. *Maximum City: Bombay Lost and Found*. New York: Vintage.
- Molano, Alfredo. 2005. *Desterrados*. Madrid: Punto de Lectura.
- Rodríguez Garavito, César. 2012. *Etnicidad.gov: los recursos naturales, los pueblos indígenas y el derecho a la consulta previa en los campos sociales minados*. Bogotá: Dejusticia.
- Rodríguez Garavito, César. 2013. *Investigación anfibia: la investigación-acción en un mundo multimedia*. Bogotá: Dejusticia.
- Rodríguez Garavito, César (ed.). (Próxima publicación 2015) *Los derechos en campos minados: conflictos socioambientales, economías extractivas y Derechos Humanos*. Bogotá: Dejusticia.
- Rodríguez-Garavito César y Carlos Baquero. (próxima publicación 2015). *Reconocimiento con redistribución: el derecho y la justicia étnico-racial en América latina*. Bogotá: Dejusticia.
- Rodríguez Garavito, César y Natalia Orduz. 2012. *Adiós río: la disputa por la tierra, el agua y los derechos indígenas en torno a la represa de Urrá*. Bogotá: Dejusticia.
- Santos, Boaventura de Sousa. 2009. *Una epistemología del sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*. México: Fondo de Cultura Económica.